



30 de noviembre de 2021

EP3-22

Encuentros en el Espacio Público.

**¿La pandemia como un
aprendizaje y una “larga marcha”
hacia el sentido común?**

Víctor Pérez-Díaz

Sobre el coloquio del programa Espacio Público de la Fundación Rafael del Pino 30 de noviembre de 2021

Director y redactor

Pérez-Díaz, Víctor

Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

Participantes

Arruñada, Benito

Universidad Pompeu Fabra

Chuliá, Elisa

UNED

de la Nuez, Elisa

Hay Derecho

Delgado-Gal, Álvaro

Revista de Libros

Guillén Rodríguez, Ana

Universidad de Oviedo

Jiménez Sánchez, Fernando

Universidad de Murcia

Montes Gan, Vicente J.

Fundación Rafael del Pino

Pérez-Díaz, Víctor

Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

Savater, Fernando

Filósofo y escritor

Toledo, Rafael

Universidad de Valencia

¿La pandemia como un aprendizaje y una “larga marcha” hacia el sentido común?

Víctor Pérez-Díaz

Casi dos años ya de pandemia, y ¿qué hemos aprendido? ¿Cómo ha afectado la pandemia no ya a nuestro sistema institucional (democracia liberal, economía de mercado, sociedad plural) sino a nuestra forma de vida? ¿Cómo, al desarrollo de la capacidad del tipo de resiliencia que como sociedad nos hace ir a mejor, con una ciudadanía con más sentido común y más sentido de lo común, o a peor, hacia una sociedad más sumisa y confusa? Tales fueron algunas de las preguntas con las que arrancó el Coloquio del que aquí ofrezco un comentario y un resumen, que tratan de acoplarse al estilo itinerante, de idas y venidas de un caminar colectivo a tientas. No sólo el caminar de los partícipes del coloquio, sino, sobre todo, el de la sociedad tratando de comprender y responder a la crisis, quizá hablando de que la supera y pensando en que la sobrevive.

El propósito de esta discusión es entender mejor algunos problemas para la formación de una opinión pública cívica y razonable ante situaciones de crisis graves, inesperadas y de duración incierta, como la actual. Crisis de este tipo plantean cuestiones cruciales sobre las relaciones entre elites de muy diverso carácter y la ciudadanía. Por un lado, las elites deberían saber explicar y justificar sus posiciones, como líderes políticos, como expertos y profesionales, como medios de comunicación, como elites socioeconómicas. Por otro lado, una ciudadanía compuesta hoy, en su mayor parte, de clases medias y trabajadoras, tendría que articular una voz razonable y audible, incluso decisiva, en el debate público. Podríamos caracterizarla como una voz del sentido común, y del sentido de lo común, del bien general.

Obviamente, no es fácil que la ciudadanía encuentre esa voz, pero puede aprender y acercarse a ello, precisamente en multiplicidad de debates. Experimentando y reflexionando —y evitando la deriva hacia la simplificación de los argumentos, el desorden de la información y la búsqueda de chivos expiatorios.

Se trataría de comprender en qué medida la sociedad va consiguiendo (o no) esa voz a lo largo del tiempo, conforme la crisis evoluciona. En el caso de la pandemia del covid-19 en España, conviene ser muy conscientes del carácter *fluctuante* de una situación de duración imprevisible, y vivida con una mezcla de incredulidad, alarma, deseo de abocar pronto a una nueva experiencia de normalidad, nuevos sobresaltos, cansancio, mezcla de confianza y desconfianza. Sabiendo que es posible que, al cabo de un tiempo, que pudiera ser incluso corto, las cosas se aclaren y se calmen; pero que, sobre todo, importa que, entre tantas vicisitudes, se afiance lo que cabría llamar *una larga marcha hacia el sentido común*. Por la que fuéramos aprendiendo de la experiencia a mejorar nuestro sentido común y nuestro sentido de lo común. Puede ser una marcha larga y accidentada —y también, en buena medida, compartida por países de todo tipo, muchos de nuestro entorno, de cuya experiencia podemos aprender

1. Aprendiendo sobre el qué y el cómo del manejo de la pandemia

La pandemia del coronavirus ha desconcertado, y desconcierta, de una manera extraordinaria, a la sociedad actual. Ésta no suele compararla con pandemias del pasado, como las mucho más mortíferas de la peste negra del siglo XIV o la (muy) mal llamada gripe española de hace un siglo. Con una memoria indecisa del pasado, la sociedad actual cree entenderse mejor a sí misma en términos de presente y de futuro; al menos, eso es lo que el imaginario colectivo del momento propicia. Su desconcierto resulta de que, a la altura de este comienzo del tercer milenio, tan avanzado en tantos aspectos, nadie se esperaba algo así. La sorpresa agiganta por ello el efecto de las cifras: cerca de 6 millones de fallecidos en el mundo en general (con una población de unos 7.800 millones de personas) y cerca de 100.000 fallecidos en España (con unos 47 millones) en particular.

La pandemia ha venido envuelta en un halo de misterio e ignorancia; nadie sabe aún por qué apareció, ni por qué dónde, ni por qué en ese momento. Y ha puesto en cuestión la capacidad de las elites y el público en general para hacerla frente: de aquí, una sensación recurrente de impotencia. Esto habría cambiado (en parte) con la vacunación —si no fuera porque aparecen nuevas variantes, y el futuro sigue siendo impredecible.

En un debate anterior, hace un año¹, constatamos la gravedad de la situación y la necesidad de desarrollar una respuesta eficaz que incorporara una reflexión ampliamente compartida por el conjunto de la sociedad. La cuestión se plantea ahora, un año más tarde, acerca de qué hemos ido aprendiendo de esta experiencia, en curso.

Qué hemos podido aprender con respecto al qué ha ocurrido y cómo hemos reaccionado, en particular cómo hemos estado y estamos discutiendo, debatiendo, comprendiendo y tomando decisiones sobre lo que sucede; y, en consecuencia, qué país está surgiendo de la experiencia, en qué direcciones, posiblemente contradictorias, se mueve, qué le ocurre en el fondo y qué disposiciones suyas cambian o se refuerzan.

Por supuesto, lo que sabemos no permite respuestas rotundas y el proceso sigue abierto a rectificaciones continuas. Al menos, podemos tratar de aclarar algunas confusiones, articular y contrastar impresiones, y prepararnos para un camino incierto, y posiblemente largo.

2. La complejidad de una experiencia en zigzag

A primera vista, no hemos aprendido tanto; o al menos, nos queda mucho por aprender. En este sentido, podemos arrancar con la constatación de que hemos vivido, y vivimos, en un clima de ruido y confusión. Mezclando percepciones confusas.

Pero, por otra parte, las cosas no suelen ser o blanco o negro —y así ocurre que parece haberse llegado a un cuasi consenso sobre la virtud de las vacunas, a la vista de su evidente correlación con menos fallecimientos, y combinando información médica, sentido común, y sentido de lo común —es decir, en la duda, tratando de ser precavidos a la hora de proteger a los demás. Todo esto sería testimonio de un fondo de sensatez y de un sentimiento moral de cuidado por los demás.

Lo sería también de una capacidad de investigación y de gestión: para inventar, producir, distribuir las vacunas alrededor del mundo (o gran parte de él) en general —por parte de “estados y mercados”, es decir, el famoso “sistema” que,

siendo percibido por el público con connotaciones contradictorias, parecería que, al final, “funciona” — con la ayuda, crucial, de (la mayoría de) un público, que decide cooperar.

Y sin embargo, al mismo tiempo, el sí generalizado a las vacunas contrasta no sólo con la opacidad de los orígenes, ya mencionada, sino también con las oscilaciones en el recorrido de la pandemia, ola tras ola, nueva modalidad tras nueva modalidad —y, asimismo, con la sensación de que una situación similar volverá cualquier día, sin previo aviso.

La desconfianza de fondo

Estas fluctuaciones en las percepciones de la pandemia, aclaratorias unas y desconcertantes otras, se dan contra el telón de fondo, bastante estable, de una suerte de desconfianza relativamente profunda en amplias capas de la población acerca de “todo lo que les cuentan” —desde aquellos mismos estados y mercados. De lo que se puede deducir que, digamos, no funcionan tan bien. En rigor, la mayoría no sabe muy bien cómo funcionan.

Esa desconfianza, a su vez, está conectada con un rosario de dudas sobre las crisis geopolítica, económica y de política interna de cada país — incluso se podría relacionar con una suerte de crisis o inseguridad cultural en el conjunto de occidente que se puede observar desde hace bastante más tiempo. Esta debilidad cultural se manifiesta de formas muy diversas. Una de ellas es lo que cabría llamar una crisis de información y de retórica. Ocurre así que la desconfianza hacia “lo que nos cuentan unos y otros” está como retroalimentada por la falta de confianza del público en sí mismo. En otras palabras, por la conciencia generalizada en el público de una falta de información y de comprensión por su parte —sobre la pandemia y sobre las crisis diversas. Todo esto inhibe, a su vez, a los ciudadanos a comprometerse en debates razonados sobre estas materias, sospechando que no saben mucho de todo ello, lo cual les inclina a dejarlas en manos de expertos, políticos y agentes mediáticos.

De manera que, a la postre, aunque se exhorte a la sociedad a participar en un debate pausado y razonado sobre la materia, tal debate no acaba de desarrollarse. Ni sobre esta materia, ni (huelga decirlo)

1. Ver Víctor Pérez-Díaz, “El debate público sobre el coronavirus”, Madrid, Fundación Rafael del Pino, 2021.

sobre muchas otras. Y, a falta de ese debate, lo que suele haber es un cruce de aseveraciones más o menos perentorias sobre “lo-que-hay-que” hacer o no hacer, declarar o callar, votar o no votar, etc. Exhortaciones a las que la sociedad puede resistirse o, más bien, someterse, aunque no sin una considerable reserva mental —pero una hecha, no tanto de argumentos, cuanto de dudas y confusiones.

Pero, una vez más, conviene dar un nuevo giro a la discusión, Y reconocer que, incluso esa conclusión (aparentemente desazonante) de verse abocados a una situación de duda, puede tomarse como teniendo un componente positivo, dando una pista interesante para continuar el debate: justamente la de que el debate es una forma de salir de dudas. Por lo pronto, el debate se nos propone como un camino por recorrer. Por supuesto, esta conclusión puede tener una aplicación más general, pues la cuestión del cómo manejar toda crisis que se desarrolla a lo largo de un curso temporal largo requiere prever zigzags, episodios de prueba y error, ajustes continuos —lo que no sucede cuando se sustituye un debate entendido como lo más próximo posible a una conversación, por un discutir sobre la crisis de manera apresurada y beligerante.

En consecuencia, el problema sería el de “cómo hacer política” tanto o más que el de “qué política hacer”. Un “cómo” que dé lugar al desarrollo de la capacidad de observación, de acopio de información, de mejora y gradación del juicio..., con la intervención de una pluralidad de agentes: sanitarios, medios de comunicación, políticos, gente del común... — con la intervención (que debería ser) crucial de los científicos: virólogos, inmunólogos, epidemiólogos...

Mantener abierta una conversación semejante supone crear, y conservar, un clima de paciencia y sosiego y comprensión —y no de beligerancia, ruido, descalificación y búsqueda continua de chivos expiatorios.

Lo cual nos conduce, a su vez, a la cuestión de qué tipo de país se va fraguando como resultado de todo ello. Quizá un país que se agota en tacticismos y sobresaltos que a su vez desembocan en la inercia. Quizá un país capaz de comprometerse en un proceso de reflexión y orientación estratégica a largo plazo — quizá incluso un país capaz de una acción coordinada con vistas a un tipo de bien común que garantiza precisamente la libertad de todos; y de mantener un

debate continuo entre posiciones diferentes.

3. La ambigüedad de la situación, el componente positivo de la duda, la posibilidad de una deriva

La complejidad de la discusión pública sobre la experiencia del covid-19 aconseja abordar el tema de una manera abierta, y con un comentario, digamos, itinerante —tratando de reflejar lo que la discusión pública misma tiene de exploración sin un rumbo claro; y por eso, esta misma exposición y comentario del coloquio se propone como una serie de giros, un zigzag de puntos y contrapuntos; invitando al lector a sumarse a la búsqueda.

Pero tampoco conviene exagerar la sensación de desorden. No todo es confusión. De hecho, en este proceso de exploración van apareciendo algunos signos favorables. Como ya he señalado, la duda misma puede ser ya, por sí misma, un paso adelante. Puede dar lugar a preguntarse si no vamos estando ante un país, por un lado, más inseguro y más desconfiado; pero también, por otro lado, capaz de hacerse buenas preguntas —e incluso capaz de ser realista respecto al alcance de sus respuestas: respecto a los límites de las cosas, y a sus propios límites. Es decir, por un lado, un país que se haga más propicio a la sumisión a los slogans y al adoctrinamiento de turno; y, por otro lado, un país con la oportunidad de tomar conciencia de ello.

Esta ambigüedad se puede aplicar a la identidad del país que se va haciendo a través de esta experiencia. Puesto que la doble posibilidad puede ser interpretada bien como ligada a un diálogo interior, bien como un indicio de que estamos ante una sociedad bipolar, en la que alternan fases de realismo y sensatez con fases de irrealidad.

En todo caso, cabría preguntarse: ¿Estamos ante un país que puede llegar a ser un país a la deriva, pero que tiene la oportunidad de darse cuenta de ello a tiempo? Podríamos ilustrar la situación, límite, con la metáfora de alguna de las noticias del momento —que captaron la imaginación del público durante varios meses. La pregunta de: ¿Estaríamos ante una deriva hacia un desorden mayor? ¿Quizá como el captado, o evocado, por el simbolismo de la erupción del volcán Cumbre Vieja de la isla de la Palma, en la Islas Canarias, durante tres meses —que ha rivalizado con el covid en los informativos de los medios de comunicación?

Se trataría de una erupción sujeta a tendencias y evoluciones aparentemente caprichosas, objeto de augurios semicientíficos sobre el qué y el cómo —y con su acompañamiento de daños aún por venir y ayudas aún por llegar, meses después del cataclismo. Con el volcán y sus coladas convertidas, en parte, en objeto de contemplación entre atenta y distraída de multitudes diversas, e incluso ocasión para rituales de culto ante autoridades diferentes.

4. Buscando seguridades: sobre el marco institucional y algunos hábitos en el manejo de los asuntos públicos —un orden jurídico que no parece muy fuerte y un liderazgo político que quiere parecerlo

Lo cual nos puede llevar a plantear la resiliencia de un marco institucional que puede retrasar o contrarrestar esa deriva. Por ejemplo, un obstáculo a esta deriva puede serlo, en cierta medida, la presencia de un orden jurídico respetado por (casi) todos la mayor parte del tiempo. Por ejemplo, pensando en clave y términos de juristas, especialmente sensibles a la problemática del estado de derecho y la garantía de las libertades y derechos de los ciudadanos, cabría avalar el escepticismo de quienes cuestionarían la experiencia en curso del coronavirus como la de quienes no acaban de aprender a vivir, sí, con inseguridad e incertidumbre pero ello atemperado por el respeto del orden jurídico. Por ejemplo, un orden constitucional básicamente incuestionado, la ilegitimidad del uso de la violencia para apoyar una causa política, la legislación sobre el estado de alerta o alarma o emergencia, esto es, el manejo de estados de excepción o de alto riesgo, contando con el control parlamentario que debería ser habitual, i.e., el hábito de hacer las cosas con la ley en la mano. Pero, a estos efectos, la experiencia ha sido dudosa.

Habría sido de esperar que este aprendizaje práctico de vivir con, y confiar en, el orden jurídico se pudiera dar por supuesto a estas alturas —después de una guerra civil atroz, una dictadura bastante larga, una transición en principio gloriosa pero con años de terrorismo, algún golpe de estado y tantas experiencias difíciles. Y es incluso probable que este depósito de experiencias siga ofreciendo una referencia implícita de apoyo a la vigencia del orden jurídico. Pero, por otro lado, no hay que subestimar los motivos de inseguridad que han ido dando las crisis económicas recurrentes de los últimos decenios, y sus consecuencias, incluidas las de los fallos en el

llamado ascensor social de las nuevas generaciones, y, en general, la de una sensación generalizada de fragilidad, como individuos y como grupos diversos —que el covid habría reforzado como característica de nuestra época. A ello se añade que, dado que esa situación da lugar a una búsqueda de más seguridad, tenga lugar el desarrollo de una afinidad electiva de la actitud de la gente con la retórica de los discursos estereotipados del tipo de “salimos más fuertes”, con el mensaje subliminal de que alguien está al mando, y así lo garantiza.

Pero, una vez más, se impone reconocer la posibilidad de un zigzag en el proceso. Porque lo cierto es que, con frecuencia, el gobierno recurre a esa retórica, pero más bien suele parecer sobrepasado por las circunstancias.

Sobrepasado, por lo pronto, a causa de un contexto político inestable —y unos partidos bien incapaces de ponerse de acuerdo, bien unidos de manera precaria mediante pactos taticistas, que sugieren trayectorias incluso radicalmente opuestas —como puede ser fragmentar o no un país, o hacer o no una revolución social: y sin olvidar una pauta de descoordinación territorial, y una serie de problemas jurídicos recurrentes (como el de la inconstitucionalidad de un estado de alarma).

Asimismo, hemos asistido a una suerte de cogobernanza difusa, con traspaso de la responsabilidad entre unos y otros niveles de gobierno, con una intervención azarosa o poco coherente de los tribunales.

A la luz de todo ello, ¿qué tipo de país iría quedando? Quizá uno más desconfiado y como necesitado o nostálgico de certidumbres, y de que alguien resuelva las cosas: movimientos populistas, líderes, hombres fuertes que ayuden a resolver los muchos problemas, o persuadan a la sociedad de que ya se están resolviendo (¿solos?) o incluso se han resuelto.

En realidad, los hechos sugieren que hemos reaccionado (quitando grupos pequeños: parte de un segmento antivacunas que, a su vez, ha sido anatematizado por sus contradictores) con mucha obediencia (acreditada por tasas muy altas de vacunación). Para algunos, eso sería signo de un país que se dejara pastorear con cierta facilidad. Desconfiado y sin embargo dejándose llevar...

5. Una conversación pública insuficiente

En tales condiciones es de lamentar, aunque sea comprensible, que, en esta “larga marcha hacia el sentido común”, se tarde tanto. Y que, en una situación con tantos interrogantes, la conversación pública haya sido tan escasa. Y con otros varios temas sustantivos dejados un poco en el aire.

Así, por ejemplo, se ha desarrollado una discusión de la economía reiterando el compromiso con el combinado tradicional de capitalismo y estado de bienestar, añadiendo la mezcla de las ideas-fuerza y los ornamentos de la digitalización y “lo verde” (que ahora parecería incluir lo nuclear)... y, a la postre, un sumergirse en una mezcla de tacticismos pragmáticos y de declaraciones sobre agendas muy ambiciosas con vistas al futuro: un futuro innovador... y repetitivo, de grandes cambios tecnológicos y exploraciones del espacio.

Y todo ello, con el trasfondo de un querer volver a la normalidad, en todos los ámbitos. Lo cual, en el terreno de lo político significa, de hecho, entretener visiones de alianzas inestables pero prometedoras entre centros diversos y populismos con un supuesto sentido del estado. Lo cual hace posible alimentar impulsos contrarios: impulsos a unir el país y a fragmentar el país, y alentar coaliciones y polarizaciones borrosas, todas tratando de ser al tiempo inclusivas y exclusivas.

Todo esto genera una suerte de borrosidad en los debates sustantivos sobre políticas públicas. Ocurre en el conjunto de la Unión Europea, y repercute en la discusión sobre la política energética y la agenda ecológica, por ejemplo; por no hablar de cómo encarar los retos geopolíticos del momento. Y ocurre en España, en una variedad de temas. Así sucede, pongamos por caso, en lo que se refiere a una suerte de semi-consenso difuso de que tendríamos que haber hecho ajustes, por ejemplo en el gasto público, entre otras cosas, con vistas a la sostenibilidad a largo plazo del estado o el sistema de bienestar. En realidad, se ha utilizado la ocasión para poco más que una excusa para negociar un aplazamiento de reformas (uno más en una tradición de aplazamientos) —y subir salarios a funcionarios, y pensiones, y jugar con la “sí-pero-no” reforma del marco laboral del momento. Mientras tanto, la pandemia (incluido el modo de gestionarla) nos va haciendo, nos ha hecho, más pobres (con relación a otros países de la UE) —y,

como ya se ha señalado, hemos reincidido en la falta de rectificación de una inercia de décadas.

Una primera reacción elemental, en clave positiva

Y sin embargo, incluso en estas circunstancias, difíciles y borrosas, cabe constatar el contrapunto de una intuición: una corazonada y un estado de ánimo. Quizá no sea mucho, pero al menos es genuino. Y no se debe despreciar, tanto más cuanto que contiene una dosis de humildad para reconocer la realidad como es. En lugar de pretender que sabemos lo que nos pasa, cabría admitir que no lo sabemos, o lo sabemos menos que a medias.

Por ejemplo, sabemos a medias... de la coexistencia de una esfera pública rebosante de homilías y una esfera privada hecha de gritos y (sobre todo) susurros. Una esfera privada con la gente retranqueada en casa, esperando que escampe. La vida social semi-suspendida, la gente como dedicada a sobrevivir e impedida para proyectar políticamente sus sentimientos. O (una parte de) la gente joven recurriendo a una experiencia de fiesta “en forma de botellón”, de cantos y gritos y gestos, aparentemente lo opuesto de una comunicación en forma de conversación e ingenio y juicio.

Pero, corazonada, con todo... de algo positivo. Porque la fiesta misma (danza y canción incluidas) es al menos un intento de estar juntos y hacer algo. Un signo ambiguo. Como una advertencia confusa de que si la fiesta es imposible, porque la pandemia persiste y se trata de volver a una suerte de semi-confinamiento, el país puede resistirse y, o no tomarlo muy en serio... o protestar e incluso “hacer como que estalla”. Derivando así hacia una “fase de protesta colectiva” —que, a su vez, sería fácil de malinterpretar, en especial por unos medios inclinados a subrayar las “noticias impactantes”.

6. Puntos de apoyo fundamentales: el sentido común y la sociabilidad

Ese rechazo intuitivo de la incertidumbre y la impotencia puede incluir el rechazo también de una confusión cognitiva sobre la pandemia. Muchos conceptos básicos (de inmunología, por ejemplo) debieron haber sido explicados, y no lo fueron. En parte, por dificultades de comprensión de temas científicos por parte del público; en parte por falta de capacidad retórica de las elites de turno,

empezando con las elites políticas, y siguiendo por los propios expertos. Los remedios habituales (vacunas, mascarillas, confinamientos...) deberían haber sido objeto de mejores argumentos y contra-argumentos.

Con demasiada frecuencia, los razonamientos han dado paso a las descalificaciones, y ello ha dado lugar más a un enfrentamiento que a un debate. (1) Relegando un segmento de la opinión al rango de seres menospreciados, atacados, ninguneados, y polarizando la sociedad entre unos tildados de “negacionistas...” y otros, tratados como “ovejunos, bienpensantes, sumisos...”. Unos y otros, con frecuencia, desdeñosos y airados; y buscando el efecto de alarmar, o de tranquilizar.

Y, a todo esto, (2) obviando el detalle de que la inmensa mayoría de los así objetantes mutuos se arrojan una capacidad de juicio sobre los temas sanitarios y científicos, de la que carecen – y lo saben.

De modo que más valdría, a todos, o casi todos, hablar en términos no de saberes específicos, sino de prudencia, primando el principio de cautela pero teniendo en cuenta el de proporcionalidad, y sobre todo alentando el desarrollo del sentido común y el sentido de lo común de las gentes. Por no hacerlo así lo suficiente, el debate se ha trasladado con frecuencia a la calle de una manera demasiado simplista y en clave de voluntarismos, planteando una alternativa de permisos o restricciones.

Pero, una vez más, tampoco conviene cegarnos, y no ver el otro lado de la experiencia. Procesos de razonamientos más positivos han podido desarrollarse, a pesar de todo, aprovechando la complejidad misma del sistema de gobernanza. En ese sentido, las polémicas en diferentes autonomías, y entre autonomías, han podido ser una aportación a un debate sustantivo de interés —planteando temas como los de los centros de atención primaria, nuevos hospitales, residencias de mayores, expresión de opiniones distintas por parte de diversos segmentos del público.

También hubiera podido hacerse un uso mucho mayor, y mejor, de las experiencias de otros países (casos sueco y danés, por ejemplo, entre otros, interesantes, discutibles).

En todo caso, el debate habría mejorado si se hubiera tenido más en cuenta, desde el principio, que el virus afecta de manera muy diferente a unos y otros segmentos de población. Por ejemplo, mucho más a unas edades que otras. En ese sentido, la patología podría ser vista como un fenómeno “diferenciado” o “vertical”: mientras unos son más (muy) vulnerables; el resto podría llevar una vida relativamente más normal —supuestas las cautelas básicas y el respeto por los demás, el sentido común y el sentido de lo común, tanto más en circunstancias extremas.

Este sentido común puede hacerse sentir a pesar de los ruidos de la esfera pública. Por ejemplo, los ruidos de la algarabía de unas noticias que, de hecho, crean un estado de confusión. Lo hacen bajo la forma de cifras, que se supone darían información verificable, precisa, que habla por sí misma. En realidad, las de cada día, mal conectadas con las de fechas anteriores y yuxtaponiendo unos lugares y otros, se olvidan a los pocos minutos o segundos. Establecen fácilmente una apariencia de lógica en forma de tendencias —que sirven para entretener una lectura mágica de la realidad, a golpe de alternancias ficticias entre la normalidad y la impredecibilidad. Alimentando la esperanza de que, al final (y quizá pronto) todo se aclarará, y el peligro desaparecerá.

Una sociabilidad cotidiana profunda y, sobre todo, un sentido común complejo

La aplicación del sentido común puede apoyarse en varios factores —entre los que destacaré aquí tres.

El primero es la experiencia de ayudas mutuas, y amabilidades recíprocas en la vida cotidiana, en la familia, las relaciones de amistad y de buena vecindad —que ayudan a resolver los problemas prácticos originados por la pandemia. Este fondo de relaciones presenciales, de relaciones cara a cara, es decisivo para reforzar la resiliencia de las gentes —y es habitualmente olvidado en el debate sobre la situación.

El segundo pudiera serlo, irónicamente, la desconfianza casi instintiva de muchos en la retórica de los poderosos de turno, lo cual, al menos, limita la tendencia a la sumisión y al adoctrinamiento de tales grupos dirigentes y contiene el efecto intimidatorio de sus proclamas. En efecto, con frecuencia, el sentido común y el sentido de lo común se olvidan (al menos

en el mundo político, económico y mediático, incluso académico) debido a la tendencia de los segmentos dirigentes de la sociedad a entretenerse con los sueños y proyectos de la globalización, el cambio tecnológico, la transición energética, el teletrabajo, la accesibilidad de los servicios financieros o de las instancias políticas —sin apenas considerar las condiciones reales de su funcionamiento en la vida cotidiana de la gente corriente.

El tercero puede ser el que una de las razones de ese descuido del sentido común de las gentes por parte de quienes les observan y les comentan es la de que las toman por ingenuas —cuando en realidad medio-saben o saben, en el fondo, que es bastante complejo. Desde luego es más complejo —o si se quiere, “más retorcido”— de lo que se suele reflejar en las encuestas. Estas pueden preguntar a las gentes si creen a sus políticos, por ejemplo. Y quedarse solo con el dato de que contesten sí/no o mucho/bastante, etcétera. Pero, en realidad, las gentes saben, o intuyen, que (casi) todas estas declaraciones, incluidas las suyas, van un poco, digamos coloquialmente, “de pillo a pillo”. Vienen a decir, o al menos a decirse, o al menos a sospechar que dicen: “los políticos me cuentan una historia que yo no me acabo de creer... y les doy mi voto con la boca muy pequeña” —en rigor: “ni creo lo que me dicen con sus palabras ni, incluso, lo que me dicen con las cosas que hacen... hoy éstas, mañana ya veremos”.

Según esto, cabe pensar, por ejemplo, que quizá un jefe del partido protagonista de una socialdemocracia o un orden liberal conservador o democristiano (en su época) anclados en una defensa de varias décadas (o quizá secular) de mantenimiento del *modus vivendi* de un orden entre tecnoburocrático y capitalista convencional, puede, en sus juegos con sus aliados extremos, rupturistas/independentistas y populistas de diverso carácter, creer que está embarcado en una combinación de tacticismo y de gran estrategia, “domesticando” o “civilizando” a sus aliados —bien por el momento, bien pensando en un plazo más largo. Y ello adoptando posturas grandilocuentes.

Pero todo ello ocurriría con el contrapunto de que tales operaciones políticas, vistas desde una perspectiva ciudadana más compleja, pudieran parecer que, en realidad, “no son para tanto” —sino simples ejercicios de adaptación a lo que va

ocurriendo, aprendiendo a convivir con lo que hay.

Porque también podría ocurrir que la gente ni crea ni deje de creer en las posturas de unos y otros. En cuyo caso se trata de atender a lo menos malo; lo que se puede hacer como aplicando un instinto de supervivencia, en parte, la expresión de un sentimiento gregario, en parte, el resultado de un cálculo de interés. Según esto, la gente sería más de grises —y relativamente menos de morados, verdes, naranjas, rojos y azules y del completo arcoíris. Agotando así los espacios cromáticos que tanto ayudan a distinguir como a confundir la tarea de que cada cual decida comprometerse con una posición política.

¿Qué aprenderíamos de todo esto? Pues, por lo pronto, que, en el curso del proceso, muchas posibilidades quedan abiertas —y no se reducen a la lógica de las instituciones, o al problema de la capacidad estratégica de un agencia salvífica o maligna.

Todo esto nos puede ayudar a complicar razonablemente nuestra propia percepción. Y a no quedarnos con la sensación de que estamos, por ejemplo, oscilando entre una forma u otra de sumisión. Como si lo que ocurriera fuera que lloramos ante algún dios, celestial o secular, para que nos comprenda y nos salve. Cuando lo que quizá ocurre es que la experiencia de la gente es más cauta, y tampoco es tan beligerante —porque puede haber un mucho de sentido común retroalimentado por experiencias cotidianas de todo tipo.

Aprendiendo de otros lugares y otros tiempos

Quizá esté ahí una de las claves del pragmatismo nórdico —y no tanto, en el blanco y negro de una apuesta existencial por “una cosa u otra”. Los suecos (los daneses, los noruegos...) estarían acostumbrados a esas operaciones sinuosas. Con su toque socialdemócrata y comunitario, y su toque liberal e individualista, y su toque de resiliencia que aúna autoafirmación y adaptación. Operaciones de supervivencia, de compromiso, a veces con su punto de moralismo pero pragmáticas, y con un sentido del bien común que no es sino un sentido moral.

Las pistas pueden venir de otros lugares del espacio... y del tiempo —y, en este caso, incluso ponernos en la senda de entender y vivir experiencias

muy diversas. Si se me permite aquí un *excursus* a este respecto, diría que el pasado, incluso el pasado remoto, ofrece ejemplos interesantes de las muchas maneras de cómo se ha sobrevivido, y se puede sobrevivir, al menos en parte, a la pandemia, y sus variantes. Maneras muy diversas. No sólo haciendo lo imprescindible, como es prevenirse, curarse, y mantener el ritmo de lo ordinario —el reino del *realissimum* (de la economía, la política, la sociedad), por así decirlo. Sino también, si se quiere, alternando o compaginando lo útil con lo extraordinario.

Un *excursus* sobre lo extraordinario y lo cotidiano

A este respecto, y usando del recurso a la metáfora, sugiero jugar con el simbolismo de un *exit* del aquí y ahora de “este mundo”, de este *realissimum* —por ejemplo, huyendo de las ciudades y la corte al modo de los personajes de Boccaccio y su *Decamerón*, escapando de Florencia en plena peste negra. (O cabría quedarse en tiempos más cercanos y recurrir a *La peste* de Albert Camus.) Dando lugar con ello a una doble experiencia. Por un lado, sabiendo muy bien del *realissimum* de tener que manejar, superar, día tras día, la pandemia y un desorden económico y social y político que nos afecta intensamente. Por otro lado, al tiempo, sabiendo que puede haber un resquicio (mayor o menor) para buscar alternativas y experiencias compensatorias en el arte y en la religión (y en la fiesta) —por parte de gentes semi-conscientes y semi-resignadas (como es “normal”) a enfrentarse con lo obvio: la muerte de quienes no son, y saben que no son, dioses inmortales.

Según esto, más que grandes rastros históricos, las plagas del pasado nos habrían podido dejar ejemplos ambiguos —recordatorios, como *lieux de mémoire*. Recordatorios de que “hay que vacunarse” y atender a las cosas prácticas, por supuesto; pero también de que no es precisamente ocioso aprovechar la ocasión para preguntarse sobre el sentido de la vida, bajo la forma de experiencias poéticas o religiosas —incluso tal vez de que, como sugerían algunos de nuestros ancestros, con lenguajes muy diversos, nos está esperando un cielo o un infierno o (más probablemente) un purgatorio.

Volviendo al terreno de la experiencia corriente

Volviendo al terreno del *realissimum*, en todo caso, conviene recordar que uno de los efectos básicos de la emergencia y el desarrollo de una sociedad devota del crecimiento tecnológico y científico, digamos, la racionalidad instrumental, es el sentimiento colectivo de que se puede y debe confiar en los expertos o los especialistas. El sentido común, se supone, no haría sino confirmar esta actitud. Pero queda el detalle de que, con todo, la experiencia de la vida misma genera razones para la duda y la reserva mental. Con la conclusión de que la confianza se refuerza si los expertos saben o aprenden a explicar sus razones, rectificar sus errores a la vista de la experiencia, atender a la complejidad de las situaciones que se van presentando, etcétera. Y en este caso, el record sobre lo que los expertos nos han ido diciendo muestra que, en especial sobre distancias sociales y confinamientos, la opinión de los expertos ha ido a remolque de los acontecimientos, viniendo acompañada de explicaciones muy sumarias.

A su vez, la prédica de los políticos y los medios de comunicación fue un *mixed blessing*. Demasiado sesgados, con frecuencia, e inclinados al culto del pugilato político y de las noticias impactantes —desconcertando al público con una proliferación de cifras desordenadas y dadas con un tono entre alarmado e imperioso.

Por otra parte, hubo mucha gente actuando diariamente atendiendo a los suyos: atentas a cuidar, convivir, prevenir —físicamente, financieramente, emocionalmente. A manejar los tiempos. Tratando de no perder o recuperar (con un éxito limitado) las pautas de convivencia de antes. Todo esto se fue viviendo a golpes de fortuna —pero el hecho es que, probablemente, se aprendió menos de lo ocurrido en la esfera pública que de experiencias privadas, personales, concretas.

7. Mirando cerca y lejos... ¿hacia Europa?

¿Qué país ha ido emergiendo...? Uno muy pendiente de lo que ocurre dentro, y solo en pequeña medida de lo que sucede en Europa, y nos viene de Europa —cuando consigue la información fiable.

En otro campo de problemas, Europa nos ha llamado y, se supone, nos llama la atención (en voz

más bien baja) acerca de las reformas estructurales por hacer. Y en España, en lugar de aprovechar el momento para tomar la cosa en serio, para buenos diagnósticos y buenas propuestas y resoluciones, ocurre que, en el mejor de los casos, disimulamos y hacemos poco más que la “reforma-sí-pero-no” del marco laboral, y proclamas borrosas sobre lo global, lo digital y lo ecológico, y sobre el futuro indefinido simbolizado por una cifra mágica (“2030” o “2050”).

Cabría constatar aquí una cierta decepción con relación al papel de la propia Unión Europea. En lugar de hacernos rendir cuentas, para no enfrentarse a problemas, practica una política de la discreción, que se podría entender como de procrastinación, por ejemplo, en la distribución de los fondos europeos de ayuda a las economías nacionales: lo cual, por otra parte, puede combinarse con el retraso y la torpeza de los países receptores de ayuda a la hora de distribuir los fondos.

Aunque hay que reconocer (y comprenderlo así ya sería un paso adelante) que eso es muy difícil de hacer desde Europa si no se ajusta bien su relación con las administraciones de los países miembros. Porque ¿cómo conseguir cambiar, en su caso, las pautas tradicionales de las burocracias de cada país? La posibilidad real para la Unión de controlar el proceso de distribuir aquellos fondos parece muy pequeña. De modo que prefiere, en realidad, mirar para otro lado. Que cada país se arregle como sepa y pueda, y vayan aprendiendo por imitación disfrazada de innovación. No se va a enfrentar la UE ni con España ni con otros, claro.

Con el aditamento de que tampoco es cosa de embarcarse en ese intervencionismo sin la debida reflexión. Si ya tenemos una percepción de déficit democrático en la UE, imaginemos que Europa se toma en serio ese seguimiento y control de los países. Aunque, una vez más, el proceso es ambiguo. Porque la realidad puede obligar a un proceso de *muddling through* que dé que pensar y modifique, mejore el debate. De modo que lo nuclear se haga verde... Y el carbón esté ahí, disponible. Y el contencioso ruso-ucraniano no perturbe el aprovisionamiento energético. Y la infraestructura digital se acompase con la economía real. Pero lleva y llevará su tiempo hasta que este debate llegue al público, y se traduzca en decisiones razonables. Por el momento hay un déficit en el espacio público, porque ni siquiera se tratan adecuadamente esos temas.

8. Trasfondo histórico

Aunque el problema en cuestión va por países – algunos con tradiciones más consistentes de debate público que otros. Sería cosa de entrar en el trasfondo histórico sociocultural de cada país: que sugiere maneras muy distintas de enfocar la discusión de los problemas. Bien atreviéndose el público a pensar (y hablar en público) por sí mismo, *sapere aude*, bien dejando la tarea a especialistas burócratas, líderes políticos, populistas o no tanto, sacerdotes laicos de distinta modalidad. O bien, siendo pastores de nosotros mismos —¿o más bien, ovejas obedientes al pastor?

En España, nos podemos encontrar con una larga tradición de no discutir razonadamente las cosas, sino apelar a la voluntad (el culto de “lo que hay que hacer” y decir, y sentir, y pensar...) y saltar a la calificación o descalificación moralista (excluyente), que no moral (inclusiva), de las posturas. Y nos podemos encontrar con (digamos) semiciudadanos que esperan ser pastoreados —que confían en los especialistas políticos, mientras ellos se dedican poco a la “ciudadanía”. Algunas cosas ni se discuten. Si acaso, razonamientos implícitos. Es una manera de hacer las cosas.

Aquí cabe traer a colación la historia de este último medio siglo – con sus choques dialécticos entre argumentarios “políticamente correctos” de un lado u otro. Y en la que las decisiones suelen ser adoptadas recurriendo a argumentarios cortos, implícitos. Eludiendo hacer explícitos, por ejemplo, los *trade offs* —para reforzar el contraste entre lo (supuestamente) digno y lo incalificable. Quizá sería interesante aplicar esta perspectiva no ya al último medio siglo anterior, sino al siglo entero.

Y con ello volvemos a la razón de ser de tratar de mirar los dos lados de esta historia. Y entendernos como gentes en buena parte mal-acostumbradas a sobrevivir jugando al juego de lo implícito. Una guerra civil en la que se enfrentan dos Españas quedando en la penumbra una tercera España mayoritaria. Un franquismo de dictadura que muta en dictablanda y que aboca, sin apenas solución de continuidad, a la democracia liberal de los últimos cuarenta años. ¿De semiciudadanos que tratarían de ir aprendiendo a convertirse en ciudadanos a golpe de experiencias? Motivo de esperanza es lo que se observa a escala micro, capacidad de aguante y flexibilidad frente a

las cosas. A esa escala, cabe que se incluya algo de debate y comprensión, e intentos de ajustes más o menos sensatos y decentes. Una suerte de murmullo cívico.

También se sitúa en una zona intermedia entre la ironía y la paradoja el escándalo mismo de que se cierre el Parlamento durante los primeros meses de pandemia, sin apenas resistencia —esperando quizá que, con el tiempo, quedará patente el sinsentido de la medida, aunque sea muchos meses más tarde. Un Parlamento todavía enquistado en un diálogo de sordos que proyecta su mal ejemplo al resto de la sociedad. Y que apela demasiado a una suerte de sentimentalismo, apostando por el (problemático) sesgo emocional de las multitudes.

Pero sentir no es incompatible con pensar. No es solo sentimentalismo. La opción casi “unánime” por la vacuna no lo ha sido, ni lo es. Viene precedida y acompañada de una discusión semi-continua, a escala familiar, de amigos y conocidos. Puede dejar de ser unánime porque aparezcan “buenas razones” para ello —porque aparezcan nuevas variedades del virus que desborden tales defensas, o porque la protección tenga una duración limitada.

Aunque también es cierto que falta reforzar esa conversación de las gentes de abajo, y, precisamente para ello, se echa de menos la presencia de los intermediarios apropiados. Falta quizá un segmento amplio de profesionales que vean su profesión como una de vocación y de misión... de ilustrados benévolos. No de quienes desde su saber y sus luces consideran con su punto de desdén lo mucho que no sabe el común de las gentes. Sino de quienes están atentos a esa gente del común que, teniendo sus límites, intuye que ha sobrevivido a los errores y las dejaciones de unos y otros, y a su propia timidez. Por lo pronto, no se le ha pasado por la cabeza ensayar las aventuras que nos asemejarían a un estado fallido más, por ejemplo.

Pero el potencial de intervención ciudadana en el debate público es muy limitado —lo cual, en parte, tiene que ver con cómo funciona la escuela. Nada o muy poco en nuestro sistema educativo prepara para esa participación. Y, sin embargo, ¿quizá van las cosas a mejor entre los alumnos universitarios, porque se sienten más capaces de hablar en público? Quizá sea así, pero con dos cautelas. Que siendo capaces de hablar, no hablen; y que se crean con derecho a expresar su opinión sí, pero sin argumentos, lo cual

reduce la calidad de la escucha y de la voz, y, por tanto, la calidad de la conversación en su conjunto.

En todo caso, la educación escolar importa, pero no es lo principal. Sino la experiencia vivida —de hecho fue así como nuestros padres aprendieron, bastante, de los duros tiempos de la guerra y la postguerra, los valores de la moderación, el ahorro, la austeridad, el trabajo, el convivir en paz... Curiosamente, como contraste, de esta pandemia puede haberse aprendido menos por la existencia de una amplia red de seguridad y bienestar —un bien evidente, pero que pudiera ser demasiado dado por supuesto.

En último término, se aprende... con límites. ¿Quizá como que tratemos de estar lo más sanos posibles, mejorando los hábitos higiénicos y acondicionar las residencias de ancianos? ¿Quizá extrayendo la consecuencia de valorar más la importancia de la familia y los seres cercanos? ¿O tropezándose con la dificultad de cuando la familia se convierte en algo demasiado cercano, y el calor de la familia puede llegar a abrasar?

Abocamos, pues a una conclusión abierta. El abanico de posibles escenarios futuros es amplio. Se puede abocar a una deriva hacia el desorden en España —en Europa. Por el momento, las gentes añoran la normalidad, se sienten cansadas, y se preguntan incluso si quizá lo que ocurre “no es para tanto”: que en unas cosas mejoraremos, y en otras empeoraremos —y que el volcán se apagará. Con un arco de posibilidades amplio, hay que tomar los “malos escenarios” como posibles. Posibilidad de un escenario semicaótico, de deriva, que acaba mal. No se puede descartar, y es útil para entender lo que está pasando.

Algunos han notado la lógica silenciosa de las cosas como yendo a peor, de desmoronamiento del orden liberal. Se cree percibir, por ejemplo, en occidente, un movimiento “anti-elites”, un movimiento anti-ilustración —así lo ve un segmento de la *intelligentsia* y del *establishment*. De hecho, las inercias actuales son inquietantes: una evolución dudosa del capitalismo y de la democracia liberal; una sociedad de mayores aparcados y jóvenes de porvenir incierto. Incluso algunos piensan que las instituciones del estado de derecho pueden estar sufriendo algunos procesos de erosión. Por eso importarían los detalles de las negociaciones de los magistrados del Tribunal

Constitucional, del Consejo del Poder Judicial, de los procedimientos de control del Legislativo, de la posibilidad de que las intervenciones extraordinarias del gobierno se conviertan en ordinarias y rutinarias.

En último término el funcionamiento de las instituciones depende de las actuaciones de los agentes que las hacen y las deshacen, las usan y las interpretan —las conservan y/o las cambian continuamente. Quizá la clave última del éxito en la tarea de contención del desorden radique en la capacidad de comprensión y de fortaleza moral de la gente común, la cual a su vez depende de su sentido de la responsabilidad individual —a entender por países. Lo cierto es que el espacio que se da a la responsabilidad individual ha solido ser mayor en la cultura de los países centro-nórdicos que en la de los euromediterráneos. En todo caso, el amplio abanico de modalidades europeas de vida importa. Ocasión de aprender unos de otros. Lo que nos lleva a terminar el viaje (la “larga marcha”) con el tema de Europa como horizonte de vida, y como motivo adicional de esperanza.

Un motivo de esperanza y un reto considerable si se tienen en cuenta los cambios que se vislumbran en la manera de estar en el mundo del conjunto europeo. Cambios que apuntan a una especie de *revisiting* del llamado proyecto de la modernidad de los últimos cuatro o cinco siglos. Tanto más cuanto que tenemos que considerar esta deriva de occidente, y las correspondientes tareas de contención o reversión de tales derivas, todas, en un contexto global y contra el telón de fondo de sentimientos confusos que está dejando como poso la vivencia de la pandemia.



Encuentros en el Espacio Público
Rafael Calvo, 39
28010 Madrid
Spain

T (+34) 91 396 86 00
info@frdelpino.es
www.frdelpino.es

